

caso, se desvanece muy pronto el tal romanticismo entre el espeso vapor de tantos cuadros realistas como abundan en la novela. Lo que hay en estos mismos es que la exageración les presta un tinte ideal, común á todas las monstruosas aberraciones de la fantasía, á todo cuanto transciende el orden de la realidad, ya sea por mutilarla á capricho, ya por añadirle, como aquí sucede, rasgos y circunstancias que, aun cuando posibles, no comporta la verosimilitud. En ese soñador é indefinible Segundo son mucho más realistas, quiero decir, se creen mejor las extravagancias de poeta misántropo que las relaciones con la maestra y con Nieves, frías las unas, tortuosas y sensuales las otras, é igualmente inexplicables todas. La maestra ofrece una fisonomía tan repugnante y atroz, que no bastan á darle valor artístico los esfuerzos heroicos de la autora. El estupro de los primeros años, las caricias que prodiga al poeta, recompensadas con el cortés y gélido desamor, aquella existencia, víctima del padecimiento y el desengaño, aquel conjunto espantoso de desórdenes físicos y morales, podrá tenerse, que yo no lo tengo, por retrato de exactísima fidelidad, pero no cabe dentro del arte. De sobra comprende la señora Pardo Bazán que éste no tolera algunas cosas muy comunes en la vida práctica, y que no son sus procedimientos los de la fotografía. El suicidio del final demuestra nuevamente lo que han notado muchos críticos en Zola y sus secuaces: que el naturalismo no puede olvidar su procedencia romántica aunque la niegue.

La novela transpirenaica seguía ejerciendo irresistible atracción en el ánimo de la ilustre escritora, cuyas aptitudes narrativas en cambio se depuraban progresivamente, sugiriendo á su oído el drama patético de *Los Pazos de Ulloa*¹, y presidiendo á una gestación terminada en parto felicísimo por lo que á ellas toca,

¹ Barcelona, 1886. Dos tomos.

aunque contrariado por la hada maléfica del espíritu de partido.

El virgiliano *Sunt lacrymæ rerum* acude espontáneamente á la memoria del lector que presencia en *Los Pazos de Ulloa* la descomposición de los antiguos organismos sociales, no ya al rudo golpe del hacha revolucionaria, sino por virtud de la inercia y por la ironía de los años, que sonríe con desdén ante todas las grandezas humanas. En el degenerado vástago de los Moscosos, que extrae como la oruga los últimos jugos del noble solar de sus mayores, profanándolo con sus vicios y torpezas; en aquel gañán fornido y vigoroso, que solamente conserva de su estirpe los instintos despóticos de señor feudal, no el aliento de los combates, ni la superioridad de alma, ni siquiera el barniz de cultura intelectual adquirido con el trato de gentes; en aquel marqués atado por el instinto á una concubina de baja estofa, cuyos halagos le separan de su mujer legítima, esquilmado por la turba de cafres que se mantiene dentro y á la sombra de su casa, y burlado en sus anhelos, incluso el de la diputación á Cortes; en aquel microbio moral y en su insignificancia, se personifica una decadencia lúgubre de la que no está ausente la poesía, pero la poesía del estrago y la desolación; se ve y se palpa el eclipse de una raza, y como que se asiste á los funerales de la aristocracia histórica.

Quien fué capaz de concebir y planear tan hermoso asunto, lo hubiera sido de crear un poema novelesco, rayano de la epopeya, á poco que cercenara la raigambre de episodios inútiles, y bañara de luz ideal los personajes, en vez de embadurnarlos con masas de color. ¡Qué luminosos panoramas rurales, qué cuadros de género, qué torsos y bustos los que recrean la vista en *Los Pazos de Ulloa*! La fiesta de Naya y la comida en casa de D. Eugenio, y la conversación de sobremesa, las luchas electorales entre los carlistas partidarios

del marqués con su terrible cacique Barbacana, y los defensores de la revolución capitaneados por el no menos terrible Trampeta, que, á última hora, y á pesar de la vigilancia de sus rivales, sabe escamotear la misteriosa urna; la galería de grupos humanos que comienza en Nucha, la desdeñada esposa del señor de los Pazos, y en Julián, su consejero, encarnación de las virtudes sacerdotales, tan honrado como asustadizo; y que termina en Isabel, la hermosa mole de carne que enamora y prostituye á su amo D. Pedro Moscoso, y en Perucho, el diablejo nacido de estos ilícitos amores, y Primitivo el administrador, que los explota; los encantos del paisaje gallego, y las interioridades de la vida de las aldeas, no se pueden pintar con trazos más seguros ni más gallarda exactitud. Entre las novelas provincianas y regionales, solamente las de Pereda exceden en quilates artísticos y perfección absoluta á *Los Pazos de Ulloa*.

Hasta aquí lo que pone la autora de su cuenta, y aun he omitido en la partida del *haber* los primores y maravillas de dicción, ó más bien los doy por supuestos, tratándose de quien se trata; en el *debe* hay que sumar cierto desorden ó desequilibrio de composición, y sobre todo los atrevimientos descriptivos y fraseológicos de esos que no toleran los ojos ni los oídos de una persona bien educada, y que no autorizará nunca el ejemplo en contrario de autores famosos.

Por idéntico motivo repela y asusta la continuación que ideó la señora Pardo Bazán como complemento á *Los Pazos de Ulloa*, y que con el significativo epígrafe de *La madre Naturaleza*¹, y á la vez que traduce en páginas de sublime encanto las vagas sinfonías y los impalpables rumores del mundo físico, deduce las últimas consecuencias de las premisas sentadas en la primera parte de la obra. Quedábamos en que el Mar-

¹ Barcelona, 1887. Dos tomos.

qués tenía dos hijos, uno natural habido en la rozagante Sabel, y otra del matrimonio con su prima Nucha; pues la señora Pardo Bazán ha querido unir las almas y los cuerpos de los dos inconscientes hermanos por el vínculo de un amor incestuoso, nacido de la fatalidad imperativa, sexual y fisiológica, estrechado por la convivencia y la atracción recíproca del temperamento, y consumado al impulso de las circunstancias, entre los acariciadores brazos de la naturaleza, y los mórbidos atractivos de una vegetación lasciva y exuberante. Imagínese un drama de argumento monstruoso y ejecución bellísima, ó un esqueleto disforme revestido de púrpura, ó un pedazo de sayal recamado de filigranas y con marco de oro y pedrería; cualquiera de los tres símiles, ó los tres juntos, harán formar concepto de la extraña conjunción que suelda el fondo repulsivo y la forma incomparable de esta égloga en prosa de la más fina veta metálica. Y lo peor es que la autora no se satisface con la caída de Manolita y Perucho, sino que, arrastrada por la velocidad del movimiento adquirido, falsea, en mi sentir, el carácter de la adolescente cuando nos la describe horrorizada, hasta el paroxismo, de la culpa cometida, y suspirando con afán por el objeto de su aborrecible amor.

Nada más difícil que la selección práctica entre lo sano ó bueno, y lo corrompido ó reprobable de un sistema cuyas mallas opresoras, como anillos de serpiente, se han aferrado con tenacidad al espíritu, aunque éste sea muy libre y despejado. Mil veces protestó la gran escritora coruñesa contra las extremosidades y groserías y contra los principios filosóficos de Zola, aun al admitir parte de sus procedimientos, y he aquí que, por la resbaladiza pendiente de la lógica, viene á parar en la sima del determinismo al escribir, no sólo *La madre Naturaleza*, cuya conclusión trae á la memoria los mitos y leyendas helénicos de Edipo y Mirra,

sino también *Insolación*¹ y *Morriña*², á pesar de que las travesuras amorosas de la primera narración vienen á finalizar en la Vicaría, y de que en la segunda flotan vagos celajes de idealismo.

Comprendo que impresionaran desagradablemente á doña Emilia Pardo Bazán el silencioso desdén y la miopía incurable de los críticos de bajo vuelo, que no acertaron á analizar, ni siquiera á comprender, la radiante hermosura moral de los dos personajes que comparten el interés de los lectores en los estudios psicológicos *Una cristiana*³ y *La prueba*⁴. Idealizar á un fraile proyectando el resplandor de la virtud honda, sincera y amable sobre la tosquedad de su aspecto exterior; detenerse á estudiar el carácter de una mujer cuyo temple heroico, fortalecido por la gracia y por los sabios consejos sacerdotales, la impulsa á contraer matrimonio con un hombre que le es física y moralmente antipático, y á resistir á la pasión oculta que le inspira su sobrino, y á convertirse en solícita enfermera de su esposo; hacer que brote del contacto con las lacerias físicas el óleo del cariño, en el que se desvanece la aversión instintiva de los nervios y la sangre alborotados; engendrar criaturas artísticas como el P. Moreno y Carmen Aldao, siquiera sea con estricta sujeción á los datos de la vida real y á las leyes de la verosimilitud, son delirios ascéticos para las inteligencias metalizadas en cuyo angosto seno no caben las nociones de grandeza y elevación.

Pero lo que patentizaron victoriosamente *Una cristiana* y *La prueba*, á pesar de lo desdibujadas que salen las figuras de segundo término, fué la inmensa superioridad del genio, de la inventiva, de las facultades creadoras que constituyen el opulento patrimo-

¹ Barcelona, 1889.

² Barcelona, 1889.

³ Madrid, 1890.

⁴ Madrid, 1890.

nio intelectual de la ilustre dama, sobre los ídolos de barro ante los que se rebajó á quemar incienso. Hoy domina su espíritu con mayor imperio y serenidad que en otros días, las encrespadas olas que le hicieron zozobrar; hoy, como nunca, va rompiendo con todos los compromisos de escuela; sólo le falta un tanto de escrupulosidad en la elección de asuntos, persuadiéndose de que no son dignos de su mágica pluma los incidentes anómalos de la existencia, ni los casos de Medicina legal.

Si el naturalismo zolesco encierra superabundantísima cantidad de aberraciones inmorales y antiestéticas, ¿qué será cuando asume la representación del magisterio y empuña la piqueta demoledora, y desde la tribuna del libro arenga á las muchedumbres indocitas y fáciles de seducir?—Con tal aspecto se produce en las novelas de un prosista castizo, jugoso y acrisolado, si los hay, y en quien la corriente del periodismo, y las contagiosas lecturas extranjeras ó extranjerizadas, y el odio ingénito á la tradición y á la autoridad en todas sus fases, han respetado ese baluarte único donde se refugia el artista á despecho del sectario. Al pie del diseño ligerísimo que precede cualquiera suple el nombre de Jacinto Octavio Picón, pródigo malversador de un ingenio al que podría y debería dar más alto destino.

¡Lamentable fatalidad! Por no sé qué monstruosa amalgama de ensueños utópicos y aspiraciones reformistas, nacidos del conocimiento del mundo en su parte más lúgubre y fea, Picón se ha armado paladín de las causas perdidas y las paradojas antisociales, y partiendo de un erróneo propósito inicial, llega á los últimos corolarios con la imperturbable sangre fría de quien sabe lo que defiende y se resiste á emplear artificios para ocultarlo. Sus mercancías, ya lo conoce él, son de las que en ningún caso toleran los reglamentos prohibitivos de la religión y del hogar cristia-

no; pero cabalmente el combatir á la una y al otro entra en sus cálculos como fin primordial ó recurso estratégico, y así lo advierte en los títulos y preliminares de sus novelas para que no se llame á engaño quien tenga ojos y oídos. Aparte las cualidades de narrador, tiene la de una sinceridad á toda prueba, y un horror señalado á los doctrinarismos, suavidades y medias tintas de los que no se atreven á elegir de una vez entre Cristo y Barrabás.

Cada novela de Picón ¹ es como estrofa suelta de un himno y de una sátira: himno el amor sexual, libre, instintivo y desligado de las trabas que lo coartan, y las instituciones que lo rigen y dignifican; sátira contra estas mismas instituciones, contra su carácter religioso y sobrenatural, y su tendencia represiva y de sacrificio. Por eso el autor de *La honrada* escoge preferentemente como objetos de observación á los sacerdotes y á las mujeres perdidas; ve en los unos la antítesis de sus ideales, y les compadece ó les ataca; considera á las otras como víctimas del desquiciamiento universal que conmueve los cimientos de las sociedades enfermas y caducas, y aboga en pro del ejército de Venus; idealiza los pecados de la carne, defiende el adulterio en cuanto significa la reivindicación de la mujer ultrajada que se despide del tirano doméstico y se echa en brazos del amante, y reproduce los sofismas gastados y sentimentales de Dumas hijo, y de Víctor Hugo, á favor de las pecadoras rehabilitadas por el amor y la desventura.

No acabo de comprender la obcecación mental ni las ilusiones de perspectiva, que en una inteligencia tan clara como la de Picón presentan invertido el panorama de la realidad, y alterados los colores y la po-

¹ *Lázaro*, Madrid, 1882.—*Juan Vulgar*.—*La hijastra del amor*.—*El enemigo*.—*La honrada*. Barcelona, 1890.—*Dulce y sabrosa*. Madrid, 1891.

sición de los objetos. Su último libro *Dulce y sabrosa*, cuento verde en el que no faltan delicados matices de análisis y arabescos de estilo, extrema la pasión anticatólica y los impudores libidinosos hasta el sacrilegio y la blasfemia. Pero si entristece el hecho aislado de que un novelista de fuste se extravíe por tan tortuosa senda, el ser éste un signo de los tiempos que alcanzamos y del escepticismo dominante, rompe el corazón de pesar y ciega de lágrimas la vista.

Mucha menos talla que el autor de *El enemigo* mide el de la *La regenta*, diforme relato de dos mortales tomos que alguien calificó de arca de Noé, con personajes de todas las especies, y que si en el fondo rebosa de porquerías, vulgaridades y cinismo, delata en la forma una premiosidad violenta y cansada, digna de cualquier principiante cerril. Malhumorado *Clarín* por la acogida que tuvo su primer novela, se dió á elaborar otra, que ha aparecido al cabo de seis años, cayendo como losa de plomo sobre su reputación, acabándole de desprestigiar entre la media docena de españoles optimistas que no esperaban de él tan monstruoso feto, verdadera pelota de escarabajo, amasada sin arte alguno con el cieno de inverosímiles concupiscencias, caricatura del naturalismo, en que la impotencia para luchar con Zola en otro terreno se suple con la exageración disparatada del vicio. Lepoldo Alas se propuso que nadie le echara el pie delante en lo que toca á amontonar atrocidades, é hizo que los malvados de *Su único hijo* fuesen á la vez tontos de capirote. Fuera de eso, el lector no acaba de enterarse nunca del camino por donde va á tirar la narración, y martirizado por aquel logogrifo y aquella prosa igualmente infernales, tira también el volumen de las manos.

Entre los amigos optimistas del autor asturiano aludidos antes, hay uno que ha disparado contra aquél, con la mejor intención, el epigrama sangriento

que se contiene en estas palabras: CLARÍN ES MUCHO MÁS NOVELISTA QUE CRÍTICO.

Renuncio á prolongar esta reseña con los nombres, poco y en mala parte conocidos, de varios escritores que han hallado en el naturalismo un medio para salir de la obscuridad, vertiendo á granel las contadas especies que caben en sus empobrecidos y anémicos cerebros, lanzando á la voracidad lujuriosa de algunos lectores los hediondos comistrajos, las hirvientes gusaneras con que se sacian, para irritarse de nuevo, los estímulos de la sensualidad. No á la crítica literaria, sino á la policía, toca habérselas con los productos nocivos del contrabando novelesco.

Semejante aplicación de los principios naturalistas, con su bagaje de papel impreso que sirve de pasto á gente corrompida y holgazana, no totalmente indigno de ella, quizá sea menos lamentable que la difusión de libros verdaderamente literarios, donde el veneno está hábilmente refinado y oculto. Como Zola y Flaubert, y Daudet y los Goncourt, son sus tres principales imitadores en España, no folletinistas asalariados y traductores hambrientos, sino raza de estilistas conocidos de todo el mundo, antes y después de pervertir tan lastimosamente su vocación. Merced á esta circunstancia se aplauden ó se discuten en la sociedad culta y entendida ciertas cosas que de otro modo se condenarían al desprecio sin contemplaciones y sin examen.

El naturalismo, á pesar de todo, no producirá un Dante ni un Homero; vendrá á ser, á lo sumo, la triste y exacta representación de un período de decadencia, la historia documentada del vicio, el vertedero donde quedarán archivadas las inmundicias de la generación presente para conocimiento de las futuras. Como sistema, el naturalismo nació exclusivista y no puede representar la inagotable fecundidad del arte; sentando como axioma preliminar y único la imitación de la naturaleza, la desfigura horriblemente en la práctica, y sólo ve

en el hombre y en la sociedad su parte odiosa, negando sin razón las hermosuras que no puede admirar y los heroísmos que no comprende. En el estrecho círculo en que le encierran sus preocupaciones caben las heroínas de burdel, los necios y los infames; no así las almas capaces del sacrificio, los que sufren, aman y sueñan por la nostalgia del bien. El naturalismo se propuso también enseñar, y emparentó con la burda filosofía positivista, haciendo resucitar al arte docente con todas sus pedanterías y sin ninguna de sus ventajas. Nunca el progreso de las naciones modernas ha sido tan sangrientamente flagelado como en la implacable anatomía de la novela, que, con prolija minuciosidad y sarcástica indiferencia, le presentó abultadas las deformidades de su organización. Al naturalismo, en fin, le corresponde una parte muy principal en este desaliento que enerva y entumece el espíritu, cortando su libre y grandioso vuelo por las esferas de lo ideal, en este desequilibrio nervioso que él exacerbó al estudiarlo, en este envilecimiento de caracteres fomentado por las lecturas perniciosas, y en el eclipse parcial de la fe, y la excitación de la concupiscencia, doble plaga que aflige á nuestra sociedad y hace temblar por la suerte de las generaciones futuras.

Ya ha entrado en un período de calma el movimiento febril que hace muy pocos años imperaba en el mundo de las letras; ya van destronando al efímero movimiento naturalista direcciones aún no bien determinadas y que, si han de ser fecundas, tampoco deben retrogradar á los verjeles paradisíacos del idealismo infantil, sino afirmarse de nuevo en el sólido apoyo de la realidad como medio de subir á lo alto. Así ha entendido siempre la labor del arte el príncipe de los novelistas españoles contemporáneos, Pereda; así la van entendiendo los antiguos imitadores de Zola, y en particular los más ilustres.